

Rosa y Azul



Contiene

Cuentos.— Concurso de bellezas infantiles. Poesías.— Historietas. Pasatiempos.— Colaboración infantil.— Crítica.— Información gráfica.— Entretenimientos científicos.— Correspondencia, y una novela, ilustrada, en folletín.

Todo para niños

15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre, Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa ..	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta ó sobre monedero.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir 25 céntimos los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un **cupón-regalo**, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente 52 cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa para los no suscriptores: 3 pesetas en toda España.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, 33 MADRID

NUESTRO CONCURSO



ANSELMO GASCÓN Y JIMÉNEZ (de nueve años)
Habitante en la calle de Apodaca, 8, principal.—Madrid.

(Segunda de las fotografías admitidas.)



EL NIÑO PERDIDO

HACIA el año 1450, se erguía en una fértil llanura el antiguo castillo del Conde de Aguilanegra, edificio alto y espacioso, flanqueado por cuatro torres y rodeado de fosos y muros almenados.

El interior era triste, y en sus habitantes se observaba igual sentimiento. La Condesa había muerto algunos años antes de aquel en el que se desarrollaban los acontecimientos que refiere esta historia ó cuento, á consecuencia de la pérdida de su hijo, hermoso niño de tres años, de cabello rubio y rizado y ojos azules. Se suponía que algún bohemio había sorprendido al niño en la pradera, y se le había llevado para explotarlo, enseñándole su infame oficio.

El sol tocaba á su ocaso. Un continuo chisporroteo se desprendía de la alta chimenea del castillo. El Conde, sentado al lado de su hija Aurora, pensaba tristemente en el hijo perdido. De pronto, el sonido de la trompeta del vigía le sacó de su meditación, dejándole en la duda de quién pudiera ser el que á tales horas llegaba á su castillo.

Pronto lo supo. La puerta de la estancia dejó paso al escudero, que dirigiéndose al Conde, le dijo:

—Señor, dos malabaristas, uno muy joven y el otro entrado en años, piden hospitalidad por esta noche, prometiendo á su vez haceros conocer sus habilidades.

El escudero dudó un momento, pero decidiéndose, añadió:

—El más joven tiene una hermosa pre-

sencia; el otro... el otro... yo no me fiaría.

—No me agrada esa gente—dijo el Conde en voz baja—. Sin embargo, hazlos entrar y que me ayuden á matar el tiempo.

El escudero saludó y salió, volviendo á los pocos momentos seguido de dos bohemios. Verdaderamente, al contemplar la figura del más viejo, se comprendía la desconfianza que había inspirado al escudero.

Era el expresado bohemio un hombre corpulento, de largas melenas negras y ojos muy vivos; su nariz, en forma de pico de águila, se curvaba sobre un espeso bigote negro. En fin, todo el aspecto de un facineroso. El joven que le acompañaba no se le parecía en nada; podría tener de catorce á quince años; su fisonomía era inteligente y simpática.

—¿Queréis comer?—preguntó el Conde.

—Señor—dijo el más viejo—, nos ofrecéis lo que nunca tenemos en abundancia.

—Está bien. Segismundo, mandad traer algunos fiambres.

Mientras los bohemios comían con apetito, el Conde les observaba.

—¿Cómo te llamas tú?—preguntó al más joven.

—Zando, señor.

—¡Ese no es nombre cristiano!

—Es el mío, señor.

—¿Y tú?—preguntó al otro bohemio.

Sonrió éste hipócritamente, y respondió:

—Mi padre me llamaba Antonio; pero yo me acomodo á todos los nombres que me quieren dar.

El Conde notó en este momento que Zando dirigía á su compañero una mirada poco afectuosa. Sin embargo, no apreció este detalle como de gran valor.

Una vez terminada la comida, colocó Zando sobre la mesa varios objetos, y con ellos ejecutó diversos ejercicios que llenaron á Aurora de asombro. Al Conde, si bien no le distraían los equilibrios que Zando practica-

ba, le alegraba sobremanera la satisfacción que su hija demostrara. De repente se presentó un soldado, que dijo algo en voz baja al Conde.

—Continuad; vuelvo pronto—dijo éste al malabarista; y salió de la estancia, en tanto que Zando continuaba divirtiéndose á la pequeña castellana y á sus servidores.

Al cabo de un instante volvió el Conde. Se presentó con paso rápido y cara irritada, y deteniéndose delante de Antonio, le preguntó con voz ruda:

—¿De quién es esa niña enferma que hay en su carro?

El bohemio pareció turbarse; pero bien pronto recobró su sangre fría.

—¡Señor—respondió—, es mi hija! La pobre está muy enferma, y yo no soy rico para poder pagar los costosos medicamentos que le han recetado. ¡Ah, señor, qué desgraciado soy!

Y el muy bribón hizo ademán de secarse una lágrima. El Conde, impasible, le contemplaba.

—¡Pues váis á ser dichoso!—le dijo—. *Vuestra* (y pronunció esta palabra con entonación de duda) hija permanecerá aquí hasta que se cure. Supongo que no os opondréis.

—¡Abandonar mi hija, señor!—gimió Antonio con acento lloroso.

—Si usted quiere puede permanecer aquí, con mi servidumbre—respondió el señor—. Por mi parte he hecho trasladar á la niña á mis habitaciones. En cuanto á vosotros, mi escudero se encargará de alojaros.

El Conde hizo un gesto á su escudero Segismundo, que se llevó á los dos bohemios.

A la mañana siguiente, cuando el castellano entró en el salón del castillo, encontró un papel, sobre el cual una mano inhábil había trazado estas líneas:

«*Por Dios, señor; tened cuidado con vuestra hija. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir? Zando.*»

—Señor—dijo al mismo tiempo Segismundo que entraba—, los dos bohemios han desaparecido.

El Conde hizo un gesto que demostraba un profundo disgusto.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿Y su carro?

—Han desaparecido ellos, su carro y su caballo. Como el patio estaba cubierto de paja, han podido salir sin hacer ruido.

—¡Ah!—murmuró el Conde—. ¡Es extraño! Ese Antonio es seguramente un bribón. ¡Pero el otro!... La carta que ha dejado revela buenas intenciones... ¡Es extraño!...

—Acaso la enfermita pueda daros algunos informes.

—Es cierto; la olvidaba. Vamos á verla.

Era ésta una preciosa niña de cinco ó seis años, muy pálida y de aspecto enfermizo.

—¿Está grave?—preguntó el Conde á su médico, que se hallaba junto á la cama.

—En absoluto, señor; cansancio solamente. Algunos días de reposo y estará totalmente restablecida.

Aurora, completamente feliz por tener una compañera á quien cuidar, sentada junto al lecho, le daba los alimentos, la acariciaba, la abrazaba... Cuando la niña se hubo mejorado, el Conde la interrogó:

—Ese hombrón del bigote negro, ¿es tu padre?

—¡Oh, no!

—¿Quién es?

—Antonio.

El Conde sonrió.

—Sí, sí...; ya lo sé...; pero ¿quién es tu padre?

La pequeña miró á uno y otro lado con ojos de asombro, y no respondió.

—¿Desde cuándo estás con Antonio?

—No lo sé.

—¿Siempre?...

La niña dudó.

—No—repondió por fin—; antes yo tenía un castillo como éste.

—Está bien, está bien... Eso era lo que yo pensaba—murmuró el Conde—. Ese bohemio es un ladrón de niños.

—Zando era muy bueno—continuó la niña sin que la interrogaran—. Pero no tanto como Aurora.

Y como la pequeña castellana llegó en aquel momento, las dos niñas se pusieron á jugar.

—¡Oh!—gritó Aurora repentinamente—. ¡Qué bonito es esto que traes!

Y miraba con curiosidad un medallón que la convaleciente tenía colgando de una cadanita alrededor del cuello. Aproximóse el Conde y examinó la alhaja con rápida mirada. Era un escudo esmaltado.

—¡Estas son las armas del conde de Rocagrís!—exclamó.

—Rocagrís...—repitió la niña.

—¿Conoces ese nombre?

—¡Oh!... ¡Sí!... ¡Sí!

El Conde supo ya á qué atenerse.

—En efecto—pensaba—; recuerdo que hace tres años desapareció la hija del Conde, y su desaparición se atribuyó á un incidente. No me cabe la menor duda; esta niña es la hija desaparecida... ¡Ah! ¡Qué dichoso es su padre que la vuelve á encontrar! ¡Si Dios me concediera igual satisfacción!... No importa; es preciso buscar á ese bandido de Antonio y castigarle según sus culpas... Pero ante todo llevemos esa niña á sus padres.

Para llegar al castillo del conde de Rocagrís, eran precisos muchos días de marcha, y á fin de que se perdiera el menos tiempo posible, el Conde mandó que á toda prisa se hicieran los preparativos necesarios. Á la mañana siguiente emprendieron la marcha. La comitiva la componían doce guerreros á vanguardia; á continuación Aurora y Blanca (tal era el nombre de la niña encontrada) en un coche, á cuyo estribo marchaba el Conde montado en su caballo de combate.

(Se continuará.)

AUGUSTO BAILLY.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

LA marina está de moda, y es preciso que todo el mundo sea constructor y marino.

El mar será en vuestra casa una vasija grande llena de agua, y el buque y su motor se preparan del modo siguiente:

Hágase un barco con cartulina bristol, gruesa, uniendo las junturas con lacre, de modo que no quede en ellas ningún orificio. Si se pegan con engrudo ó goma, el agua del océano las humedece, lassuelta, y el barco se va á pique. Una serie de alfileres pegados á la pared interior sostienen con sus cabezas un hilo negro, que constituye el bordaje ó pasamano.

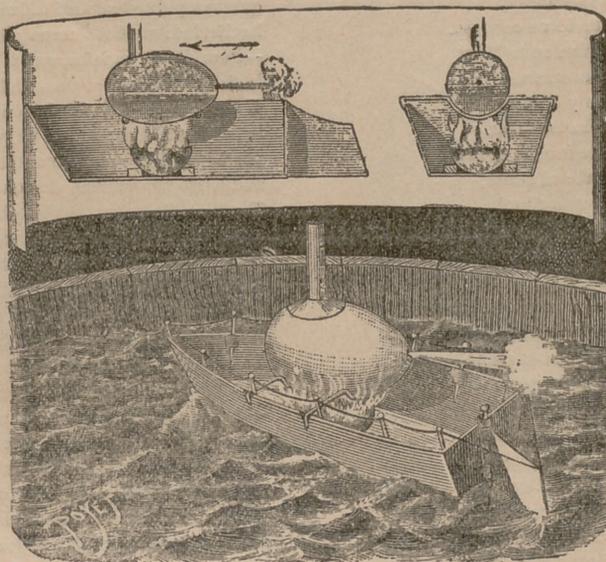
Con un trozo de cartulina se hace un cilindro, dentro de cuyos escotes encajan los pernios diminutos de otro cilindro en que se hace terminar la hoja del timón, cuyos engranes se sujetan con otro alfiler vertical, alrededor del cual gira el timón. Éste se une en su extremo exterior al hilo negro de la banda general del barco, colocándole de modo que uno de los lados del hilo sea más corto que el otro, para que el timón quede inclinado y no coincida con el eje del buque.

Maquinaria, caldera y hogar: Váciese un huevo haciéndole un orificio pequeño en la punta y absorbiendo todo su contenido, y

llénese por él de agua hasta la mitad próximamente, de modo que, puesto el huevo horizontal, el orificio quede un poco más alto que el nivel del agua.

Con otra media cáscara de huevo, colocada sobre un corcho ahuecado, que se pega

con lacre en el fondo del buque, haremos el hogar, poniendo dentro de aquélla un poco de uata, que se emparará en espíritu de vino. Sobre este hogar, y descansando en los bordes del barco, se ponen dos alambres doblados, de modo que encaje, horizontal y seguro en ellos el huevo que contiene el



Crucero marítimo doméstico

agua. Colocado así el conjunto, se inflama el alcohol de la cáscara inferior. Al cabo de pocos segundos, el agua del huevo hierve, y en cuanto se forma el vapor y llena su capacidad vacía, sale en forma de chorro por el orificio de la punta. El efecto de reacción producido por la salida del vapor contra el aire y contra la parte opuesta del huevo, origina el movimiento del buque en sentido contrario al del vapor, y la embarcación avanza majestuosamente sobre la superficie de las ondas del cubeto, palangana, artesón ó bañera, en cuyas riberas haya instalado el constructor su astillero.

AMIGOS Y LIBROS

EL MIEDO

(Diálogo.)

ELIGE ¡oh Juan! un amigo franco, sincero y honrado, que cuando estés á su lado no extrañes no estar conmigo.

Un joven que imite á un viejo en lo juicioso y prudente; que te conforte y aliente siempre que te dé un consejo.

Que se interese en tu bien; que censure tus errores, y en tus dichas y dolores se alegre ó sufra también.

Que nunca te incline al mal; que no te engañe ni adule, y te aplauda y te estimule con desinterés igual.

No un farsante, un caballero por hechos, no por blasones; que sea en todas tus acciones, no un cómplice un compañero.

Que puedas darle tu mano sin temor de que la manche; un ser que el alma te ensanche cuando le llares hermano.

No le canse tu exigencia ni tu caracter le hostigue; piensa bien cuánto consigue la mutua condescendencia.

Que no ostente falsas galas; que no oculte la verdad, y sepa que la amistad es sólo el amor sin alas.

¡Oh mi Juan! Yo te lo digo: por este mundo al cruzar es muy difícil hallar este tesoro: un amigo.

Y es tan grave su elección, que te lo puedo decir: compromete al porvenir; compromete al corazón.

Y tanto influye en la suerte del necio que se descuida, que un buen amigo es la vida y un mal amigo la muerte.

Como tu dicha es mi afán, no busques falsos testigos: tus libros y tus amigos preséntamelos, mi Juan.

JUAN DE DIOS PERA.

PAPÁ, papá, ¿me quieres dar la mano? No hay luz en el pasillo y tengo miedo. Me han contado esta tarde muchas cosas los chiquillos del pueblo.

—¿Qué dicen, hijo mío? ¿Qué patrañas te ha contado esa gente sin talento que han perturbado así tu inteligencia haciéndote miedoso como ellos?

—Pues dicen, papáito, que á Vicente le tiró un duende al río. ¿Será cierto?, Y que á la tía doña Sinforosa

le han quitado las brujas un pañuelo por haber dicho no sé qué mentira que luego sus vecinos descubrieron. También dicen que por las chimeneas, y sin hacer el ruido más pequeño, se meten los fantasmas en las casas donde viven los niños embusteros, y cuando éstos se acuestan y se duermen los empujan y tiran de los pelos.

Yo tengo miedo porque soy muy malo, y lo que es esta noche no me acuesto.

—Pero, muchacho, ¡cuántas tonterías has podido decir en un momento!

Yo, la verdad, creí que tú tuvieras un poquito siquiera de talento y que nunca crearías esas cosas tan necias y tan propias de los pueblos.

Pero, vamos á ver, ¿quieres decirme dónde están los fantasmas para verlos?

—Pues, papá, en ese cuarto tan oscuro donde sólo se guardan trastos viejos.

Mírale, oculto entre el montón de esteras, mira qué larguirucho es y qué feo.

¡Ay! No me cabe duda: es un fastasma.

—Vamos, hombre, no seas majadero; los fantasmas, las brujas y los duendes sólo son cosas que hace ver el miedo; espérate que encienda... ¿Ves ahora en qué se ha convertido el bulto negro?

Pues en un pantalón y una chaqueta que usaba tu abuelito, según creo.

Pues bien, las tonterías que te han dicho son tan ciertas, sin duda, como esto.

El que sólo castiga á los malvados, y que también premiar puede al que es bueno, es el Dios que adoramos los cristianos, el único, hijo mío, el verdadero.

NIEVES CAMPA.



CUENTO

Dar de comer al hambriento
y de beber al sediento.

ACABABA de tener lugar un sangriento combate entre las tropas francesas y las españolas, no muy lejos de un pintoresco pueblecito de Andalucía.

Los pacíficos habitantes de aquella tranquila aldea habíanse marchado á las montañas cercanas al aproximarse ambos ejércitos; y ya en las casas de campo, ya en chozas formadas con ramas de los árboles, escuchaban el lejano ruido del combate implorando la protección del cielo para los desgraciados que morían.

El día siguiente, al estampido del cañón había sucedido una calma de muerte.

Sentadas delante de una choza dos preciosas niñas de ocho á nueve años, rezaban á Dios la oración de la mañana, cuando vieron venir hacia ellas dos soldados fatigados, ennegrecidos por la pólvora y cubiertos de polvo, que apenas llegaron junto á ellas cayeron desfallecidos.

Las niñas, al verlos, querían huir; pero al volver el rostro y encontrarlos en tierra, dijo la mayor á su hermanita:

—María, parece que no vienen á hacernos daño; por el contrario, creo que necesitarán algún socorro. ¿Quieres que nos acerquemos á ellos?

—Sí—dijo la otra hermana—; acaso podamos hacer alguna obra de caridad.

En efecto; acercáronse á los soldados, que apenas podían articular palabra, y con cariñoso acento les preguntaron:

—¿Estáis heridos?

Los soldados levantaron la vista, y al mirar los rostros de las niñas cerca de ellos, una expresión de consuelo pintóse en sus tostados semblantes.

JOSÉ LINARES



Sargento de gastadores del batallón infantil
de Cogolludo.

—No—dijo uno con voz débil—; pero nos abraza la sed.

Apenas oyeron estas palabras, ligeras como dos palomas corrieron las niñas á la próxima choza, y volvieron en seguida, trayendo una de ellas una cantarita de agua y la otra una cesta con pan y frutas.

Los soldados bebieron con ansiedad; y

cuando recibieron la frescura del agua con que los habían socorrido, empezaron á sentir otra necesidad.

¡Tenían hambre!

Desde las primeras horas del día anterior no habían comido ni bebido nada.

María, adivinando su deseo, les dijo:

—Tomen ustedes, amigos míos; les traemos también provisiones.

Los soldados las miraron con asombro; dudaban si eran niñas ó ángeles del cielo que Dios les enviaba.

—Pero, niñas mías—dijo uno de ellos—, ¿y si os quedáis sin provisiones y vuestros padres os regañan?

—No, señor; no pueden reñirnos, porque no los tenemos; somos huérfanas y no vivimos más que del socorro que nos dan nuestros vecinos.

—¿Y á pesar de esto nos dáis vuestro corto sustento? —interrogó uno de los soldados—. ¡Qué almas tan grandes, hermano mío!—continuó, dirigiéndose á su compañero—. Aceptamos vuestra oferta porque la necesidad nos obliga á ello; pero más que vuestro socorro, agradecemos á Dios nos haya permitido admirar vuestra sublime caridad.

Cuando los guerreros hubieron terminado su desayuno marcharon á incorporarse á sus banderas, colmando de bendiciones á las niñas. Estas, al volver á casa, y buscar en el fondo de la cesta provisiones para alimentarse, encontraron un bolso con dinero y un papel, en que se veían escritas estas palabras: «La caridad es hija de Dios; habéis entregado vuestro pan y vuestra agua á los desgraciados; Dios os lo pague, que Él da siempre ciento por uno; aceptad este pequeño dádiva, y seguid siendo tan buenas como lo habéis sido esta mañana con los soldados Federico y Ramón.»

.....
y Aquellos guerreros eran dos hermanos de

una rica casa de Andalucía que combatían como simple voluntarios en el heroico Ejército español.

RAMÓN PORTA,

PILARÍN

LA niña de nuestro cuento era de cinco años de edad, rubia, de ojos azules y blanca como la nieve. El día de Nochebuena, Pilarín salió con sus papás á comprar turronecillos, dulces, pescados y juguetes para su nacimiento. En el camino se les acercó un pobre diciendo que tenía cinco hijos, y que aquel día no habían comido á causa de haberle dejado cesante. Pilar empezó á llorar, y sus padres la preguntaron:

—¿Por qué lloras, hija del alma?

—Me da mucha pena de ese hombre.

Sus padres, conmovidos por los buenos sentimientos que demostraba Pilarín, socorrieron á aquel pobre, colocándole de portero en su casa.



Siete años han transcurrido y Pilarín no ha dejado ni un solo día de demostrar sus buenos sentimientos; pero ha enfermado del corazón. El médico ha ido dando esperanzas de que sanaría con los adelantos científicos; mas una noche, agotados éstos, dijo que se moría la niña de tan buenos sentimientos!

¡Qué lástima!

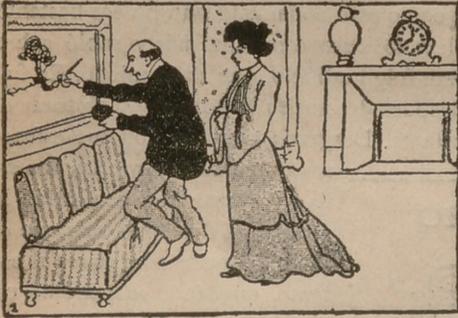
Habiendo recibido Pilar los Santos Sacramentos, llamó á sus padres, y les dijo:

—Padres míos: yo ya sé que se acerca la hora de mi muerte, que sois ricos y yo hija única, y que me corresponde una buena herencia. Os ruego que la repartáis entre los pobres. ¡Adiós, padres de mi alma, adiós!

Y cubriendo de besos y lágrimas á sus padres, reclinó la cabeza sobre la almohada y expiró.

RAFAELA GÓMEZ.

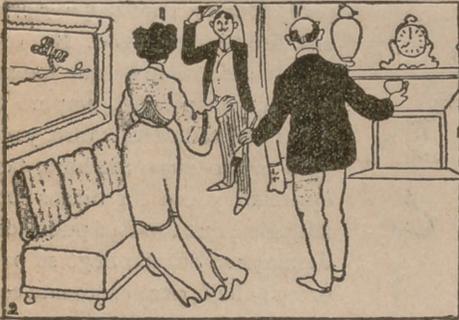
¡OH LOS ESPECÍFICOS!



—¿Acabas, papá? Han llamado y debe ser el joven ese del específico contra la calvicie.
—La última pinclada. Ya está.



—Pues sí, ¡se acabaron los calvos! Con el cameloide, ese invento maravilloso de Mr. Thimo, no hay calvicie que no se corrija por rebelde que sea.



—¿Los señores me permiten pasar?
—Adelante. Tome usted asiento y veamos si me convence con ese específico que hace brotar el pelo á los treinta días.



Y con efecto; pegada la peluca del comisionista á la pintura del cuadro, se vió que tenía una calva muy regular; prueba evidente de los maravillosos resultados del específico de Mr. Thimo.

EL ATOLONDRADO

EMILIO iba caminando hacia atrás por un corredor, diciéndole á su hermanita que jugaba en la sala inmediata.

—Ven, Pilar, ven y verás qué bien marchó de espaldas; tú no irás así; ven y verás cómo te gano.

Al acabar estas palabras llegó á la escalera, en la que no pensaba, cayó y fué rodando al patio sin poderse detener. Perdió el conocimiento, y al pronto pareció muerto. Prodigáronle los socorros oportunos, y después

de algunos instantes dió señales de vida; però se había roto la cabeza. Le sangraron y tuvo que estar ocho días en cama. Otra vez que jugaba con su hermanita se ocultó detrás de una puerta y aproximó la oreja á la cerradura. La niña, que lo ignoraba y quería sorprenderle, se acercó tan despacio, que Emilio no lo advirtió, y empujó la puerta con tal violencia, que le derribó en el suelo. Emilio exhaló un doloroso grito, y Pilar prorrumpió en llanto, asustada y pesarosa, aunque la culpa no había sido suya. Ayudóle á levantar. Al momento acudió su madre, y vió que la cerradura había causado al infor-

tunado Emilio una desolladura en la mejilla, arrancándole la piel.

Sumamente trastornado del golpe que había recibido, vióse obligado á guardar cama por algunos días.

Por desgracia, no solamente se perjudicaba él con sus travesuras, sino también á los

muy alto, y al efecto, cogió una mesita sumamente estrecha, puso sobre ella una silla, y como este andamiaje aún no era bastante elevado, puso otra silla más y subió sobre este frágil edificio, que daba miedo. En fin, después de mucho trabajo pudo alcanzar el estante. Desgraciadamente, con los esfuerzos que hizo cayeron las dos sillas y arrastraron con ellas la mesita, no dejándole más que el tiempo preciso para asirse al estante, quedando suspendido en el aire.

La situación no era nada agradable: si se dejaba caer, podía destrozarse; por otra parte, si pedía socorro, tendría que sufrir una fuerte reprensión. No teniendo otro remedio que tomar este último partido, empezó á gritar llamando á su madre, y así pasó medio cuarto de hora, tan oprimido y con los brazos tan fatigados, que estaba á punto de desmayarse cuando llegó su padre y lo bajó; pero en cuanto estuvo en tierra le castigó como merecía.

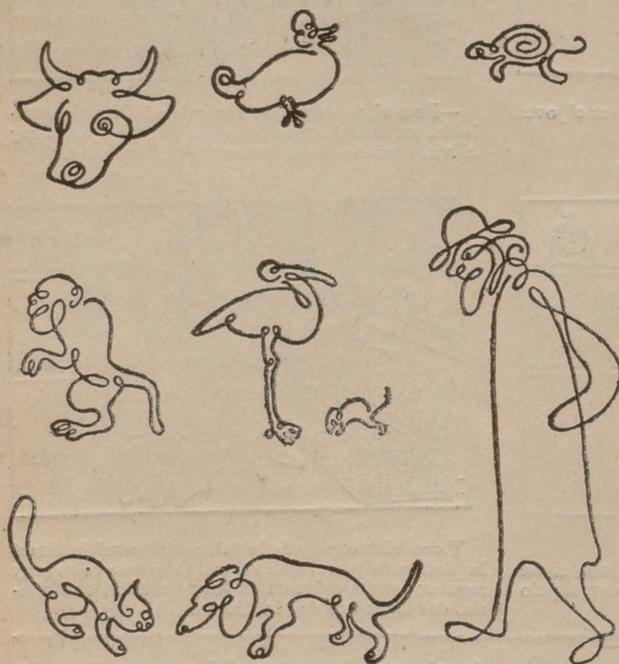
Sin embargo, ni este castigo ni las reprensiones que continuamente se le hacían pudieron lograr su enmienda, y continuó aún mucho tiempo sus travesuras, hasta que al fin, al verse lleno de heridas y contusiones,

fué más precavido en cuanto hacía.

Por lo demás, Emilio era un niño amable, franco, atento y á quien nada hubiera podido reprochársele si con su atolondramiento no hubiera causado tantas ingratitudes y disgustos á sus honrados padrès.

VICENTE LUNA BUSÓ.

DIBUJOS DE UN SOLO TRAZO

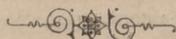


He aquí unos dibujos que podéis imitar fácilmente; pero tened entendido que no habéis de levantar la pluma.

demás, especialmente á su pobre hermana, que casi siempre sufría las consecuencias.

Repetidas veces estuvo á punto de sacarles los ojos.

No pasaba semana que no sufriese alguna caída, ya de encima de una silla, ya de lo alto de una mesa, pues ejecutaba todo lo que se le ocurría sin prever las consecuencias. En cierta ocasión tuvo la curiosidad de averiguar lo que había en un estante que estaba



¡MADRE!

AHULLA un perro, madre,
junto á la puerta;
en cuanto aclar el día
ya estaré muerta!

—Si ya vas mejorando;
no digas eso.

—¡Madre mía del alma,
dame otro beso!

—No temas nada.

—Por ti y por Juan lo siento,
madre adorada.

—¿Qué ruido suena, madre?

—Los rondadores;

es sábado y cortejan
á sus amores.

—¿La voz de Juan no escuchas
entre esos cantos?

—Alguna igual te engaña,
porque son tantos.

—No, madre mía.

¡Y el pérfido juraba
que me quería!

—¡Sabe que estoy muriendo!...
No, no me quiere.

¡Qué triste se ve el mundo,
cuando se muere!

—Mírame; abre los ojos;
es mi deseo...

—¡Madre, dentro del alma,
qué claro veo!

Si quiero alzarlos,
negras sombras, muy negras,
me hacen bajarlos.

—¡Madre mía del alma,
la muerte es cierta;
vuelve á gañir el perro
junto á la puerta!

¡Qué sola en este mundo
vas á quedarte!

¿Quién en tu desamparo,
va á consolarte?

Madre querida,
tan sólo por ti siento
perder la vida.

FEDERICO OLMEDO.

LA VIRGEN DEL CARMEN

HABÍA en un pueblo cercano á la ciudad de H*** un labrador que, aunque no bien de fortuna, podía vivir sin necesidad de ajenos auxilios. Tenía un hijo llamado Antonio, que le ayudaba en lo que sus deficientes fuerzas le permitían. Los padres estaban satisfechos del muchacho, y no pedía una cosa que no se la concediesen. El correspondía al cariño de sus padres, y nunca se separaba de ellos. Cuando su padre se encontraba algo enfermo, él era el primero en levantarse y animarle para que se quedara en la cama. Decíale que le diera instrucciones, y que él iría al campo á hacer la labor diaria; mas su padre nunca le dejó ir. El día que esto ocurrió le decía:

—Anda á la cama, muchacho, que ya tendrás tiempo de trabajar.

Y se levantaba, aunque con grandes esfuerzos, para ir al campo, sin dejar á su hijo abrir la boca.

Llegó el día en que cumplió la edad, y hubo de ir á ser soldado á pesar de los muchos esfuerzos que hicieron sus pobres padres; pero no fué eso lo peor, sino que sortearon y le tocó ir á la guerra. ¡Cuánto hubiera dado yo por no haber presenciado aquella escena! Sus padres, ancianos de sesenta años, lloraban como chiquillos, abrazando, besando y llenando de lágrimas á su hijo, que, según ellos, ya no volverían á ver más.

El tren partió, y en el andén quedaron muchos padres llorando y agitando los pañuelos en señal de despedida.

Pasaron cuatro años; cuatro años eternos para los pobres labradores que, sin tener noticias de su hijo, rezaban á la Virgen del Carmen para que volviera su Antonio: la llevaban velas y flores, y hasta le ofrecieron un manto si su hijo volvía bien.



Una tarde espléndida del mes de Julio, precisamente el día 16, ó sea el de la Virgen del Carmen, supieron que el soldado Antonio Pérez había realizado una hazaña tan grande que le habían ascendido á teniente, y que la guerra había concluído, embarcándose, por lo tanto, todos los que quedaban vivos. Los padres de Antonio no lo querían creer; pero no tardó mucho tiempo en enviarles un telegrama diciendo que estaba muy bueno y que dentro de quince días llegaría. Se volvieron locos de contento; iban de un lado para otro á comunicar la feliz noticia.

Llegó el día señalado, y efectivamente, Antonio volvía al pueblo de teniente, después de haber estado pasando fatigas por espacio de cuatro años.

¡Qué escena más diferente á la de la ida! En algo se semejaron: en que lo mismo lloraban, pero de muy diferente manera; la primera, de pena; la segunda, de gozo.

A la Virgen del Carmen no dejaron de regalarla lo ofrecido. Desde entonces la vida de aquellos padres se deslizó tranquila, al ver á su hijo que marcha de soldado y ahora era nada menos que teniente. Además, otra cosa mejor: ser aquel muchacho, que nunca se separaba de las faldas de su madre, como vulgarmente se dice, el héroe Antonio Pérez.

LUIS BUSTOS ZÁRATE.

CARTAS ILUSTRADAS

19 de Abril de 1904

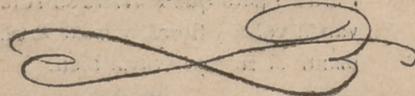
Q. D. G. 

Querido amigo. He recibido tu carta en la cual me das a conocer tu deseo de que vaya a pasar una temporada a  del .

Y yo he escrito para decirte que no puedo complacerte pues he estado en  bastantes días, porque hallándome en la huera de las , un  escapado de la ganadería de  me metió un  entre los  hombre  y me hicieron que  un .

Da recuerdos a todos de tu amigo.

Javier Gutierrez



MISCELÁNEAS

¿Qué ganas tengo de ser ya una mujer como mamá!—decía Aurorita á su doncella, mientras ésta la peinaba su ensortijada cabellera rubia.

—¿Por qué, Aurorita?

—Porque podré peinar mis cabellos encima de las rodillas, y tú no me darás tirones.

Un caminante tuvo necesidad de atravesar un bosque, en el cual se encontró un guarda jurado que le pidió los documentos.

—No llevo encima ninguno—dijo el caminante.

—Pues tiene usted suerte—agregó el guarda—. El alcalde me ha dicho que al que pase por aquí sin los documentos en regla, le conduzca arrestado. Como usted no lleva ninguno, puede continuar.

UN BEBÉ QUE VUELA



—Alfonsa, mientras los niños juegan, vamos á sentarnos á la sombra. Yo estoy rendida.

—Igual me ocurre á mí. Siempre detrás del cochecito. ¡Qué vida esta!

—Hay que pedir en el mitin que las criadas seamos señoras, y éstas domésticas.



—¡Alfonsa! ¡Alfonsa!... ¡Qué vuela el bebé!

—¡Dios mío!... ¡Cómo es esto!

—¡Corre!... ¡Corre! ¡Qué disgusto!

LOS PEQUEÑOS. Anda, que rabien, por lo que á nosotros nos hacen rabiar.



—¡Verás qué sorpresa damos á las niñeras! Pero ten cuidado con el chiquitín, no se te caiga.

—¡Qué se ha de caer! Le tengo bien cogido. Toma la gorra.

—¡La cara no puede tener más parecido!



—¡Toma, bribón!

—Yo no he sido.

—Fuerte, Alfonsa, fuerte.

—Sí, pega, pega; yo le diré á papá que todos los días viene á verte tu primo.

Sr. Director de ROSA Y AZUL (1):

Sería muy conveniente que nuestra Revista anunciara un concurso (para niños) de cuentos, artículos, poesías é historietas, adjudicándose premios á los que ustedes juzgaran de mayor mérito. Nos fundamos en que ROSA Y AZUL posee tantos méritos como otros periódicos que ya lo han hecho. — *F. Utrilla y Belbel.*— *Angel Cruz Rueda.*

(1) Cuando recibamos las impresiones de nuestros lectores acerca de lo que proponen Rueda y Utrilla, hablaremos de este concurso.

Ha entrado á formar parte de esta redacción, para encargarse de la *Física recreativa*, el distinguido *amateur* D. Javier Cabezas.

También compartirá con nosotros las tareas de redacción el distinguido escritor D. Rafael Leyda, que comenzará á publicar muy pronto una interesante sección.



Eduardo de Santiago.—Vigo.— Creería muy conveniente, Sr. Director, que su bello semanario abriese un concurso que por lo original creo había de ser bien recibido por los numerosos suscriptores de ROSA Y AZUL. Este es:

Cada suscriptor que enviase, en las tarjetas que al efecto existen ya, versitos dedicados á niñas de la misma edad y que serían votos á favor de éstas.

Al cabo de un tiempo determinado se cerraría el concurso y la niña que tuviese más votos recibiría un regalo consistente en una obra de arte ó cosa adecuada á su edad y adquirida con la cooperación de todos sus votantes.

Este original concurso de bellezas infantiles, unido al que acaba de abrirse, sería muy bien acogido por todos los que nos deleitamos con la lectura del semanario de su digna dirección.

En lo demás creo no tienen razón los que pierden el tiempo en proponer á usted tonterías ó tachar de malas cosas que no lo son ó proponer reformas que es imposible hacer.

Mi enhorabuena por su nombramiento de Director, así como á mi mismo, me felicito y á todos los amiguitos que leen el precioso semanario de su nueva dirección (1).

Eusebio Lasala.—Barbastro:

ROSA Y AZUL me complace por su mucha ilustración, pasatiempos, historietas, amenidad é instrucción.

Marcelino Tieso.—Sr. Director de ROSA Y AZUL:

Su Revista me entusiasma por lo instructiva y bonita, pero lo que más me gusta de todo, es la novelita.

(1) Rogamos á los lectores se fijen en lo que propone el autor de esta crítica, y nos digan si encuentran de su agrado la idea (N. de la R.).



Mario Lancho.—Madrid.—Todavía no ha llegado usted á completar los dibujos, pero como tienen intención veré de publicarlos. Las cartas no se deben *comprimir* tanto.

Francisco Guerrero.—La Línea.—Sí señor, los concedemos. Publicaré lo que remite.

Sta. N. Campa.—Madrid.—No tardará usted mucho en ver realizado lo que me pide en su postal. No hemos de dar dos novelas, sino una sola. Si *acaño*, lo que tarde en terminarse *Día feliz*.

Rufino Almonacid.—Aranda de Duero.—No están mal eseritos, sino todo lo contrario. Entran en turno.

Suceso Muñoz de Planas.—Oviedo.—Esta carta tiene que aguardar mucho. ¿Por qué no envía articulitos?

Santiago de Lostán.—Madrid.—Teniendo como tiene buena idea, ¿por qué no cuidar más la ortografía? Apenas comienzo á leer y me encuentro un *heran* que parte los corazones. Corregiré y publicaré el cuento.

Bernardo de Ledesma.—Avila.—Su suscripción termina en 18 de Septiembre ó sea en el número 30. ¿Cómo quiere usted que acceda á su petición? Aténgase á lo que particularmente se le ha escrito.

Francisco Loredo.—Madrid.—Aprovecharé algo de lo que envía. La carta no está en condiciones. En los dibujos debe usted esmerarse más.

Manuel de Diego.—Idem.—La pregunta es muy difícil. Como aún es usted un niño, trabaje, y tal vez andando el tiempo le diga lo que hoy no me atrevo.

LISTA DE SUSCRITORES

(Continuación.)

Madrid.—Antonio Jiménez Plaza.—Ernesto Marín.—Antonio Requena Otero.—Adela Perrín y Tomé.—Antonio Maldonado Carrión.—Señorita Elvira Rodríguez.—Rafael Ortega.—Ventura Alvarez.—Felipe Vaquero.—Rafael Herrera.—Pablo Vignote.—Encarnación Marín.

(Se continuará.)



César dió el brazo á su novia. Ella se apoyó en él, y ambos acompañaron con la mirada aquel acto, como si hubiesen tenido que hacer una cosa dificultosa ó extraña. Temblaban.

—Adelante—dijo la madre.

Dieron dos ó tres pasos para seguir. Después advirtieron que habían olvidado saludar al coronel; volvieron la cabeza los dos hacia el mismo lado, y se encontraron sus rostros. Todos sonrieron. Luisa se ruborizó.

—Dios os acompañe, muchachos—dijo el coronel levantándose y dirigiéndose hacia ellos. Los novios se alejaron, caminando con pasos inciertos y desiguales; detrás los parientes y los amigos. La madre y el coronel cambiaron una sonrisa, como diciendo: «¡Pobres muchachos! No saben lo que les pasa.»

—Dios os acompañe—repitió el coronel cuando quedó solo, mirando á la puerta

todos callados.

Detrás un grupo de parientes y amigos, de unos diez años.

César, al otro el hermano, muchachuelo César, al otro de ella venía la madre de

A un lado de ella venía la madre de compositura llena de gracia. y en sus ademanes y en su andar una el rostro sonrosado y los ojos húmedos, bien á su delgado y gallardo talle. Tenía basquiña negra, que se adaptaba muy via, con un velo blanco á la cabeza y una

Luisa había aparecido vestida de no-

Dios! Ya está ahí.

aquí con aquella querida y santa... Oh, Valdierr, y héticos aquí hace tres días, cayó en mis brazos. Aquella tarde llegó el aire, como una loca, después vació y pudo; agitó dos ó tres veces las manos en abrió la boca para arrojar otro grito; no canto; oi un grito agudo; entre, villa; y la arrojé dentro del cuarto. Cesó del cuarto.

andar en seguida al cuartel y del cuartel en seguida á la estación del ferrocarril. Pensé que en una parte ú otra encontraría al hermanito. Escribí deprisa en el mismo instante de partir una cartita, que no contenía más que este renglón: «Si vivo volveré; palabra de honor». En el cuartel no estaba el chico; pero lo vi en la estación; parecía que me buscaba. En aquellos pocos minutos de espera, antes de subir á los vagones, pude apartarme de las filas; él vino detrás, y ambos nos metimos al mismo tiempo la mano en la faldriquera. Yo le di la cartita; él sacó con grandes precauciones una cosa envuelta en un pedazo de papel, y me la puso en la mano diciendo:—Es de mi hermana—; y echó á correr. Miré; era una petaca, señor coronel... Ya me comprende su merced. Al día siguiente fué cuando escribí por primera vez á casa todo lo que había pasado, manifestando mis intenciones; y des-

sentí tararear; era ella. Saqué la petaca tomada. Acercué el oído á la cerradura; Luisa estaba en casa; la puerta estaba en-
entera de todo, hizome seña de que
mujer que estaba en el patio y que parecía
Acerqueme de puntillas á la puerta; una
iba á reventar.

Subí la escalera á brincos, palpitando
me el corazón de manera que parecía que
ofrecido la suya.

aunque la señora que la protegía le habla
 Ella no habla querido dejar la casa,
Hospital.

cazador como estaba, á la calle detrás del
vez primera. Corrí en seguida, vestido de
ca como el día que habla visto á Luisa por
Bra una hermosa mañana, hermosa y tres-
madre. Llegué por la mañana temprano.
coronel, habla llegado ó iba á llegar mi
sabía que por favor de su merced, señor
yo marché en seguida á Savillano, donde
iba á trabajar. Mi clase fué licenciada, y

pués de aquella carta fué cuando su mer-
ced tuvo la bondad de ocuparse de mí y
de ayudarme. Lo que sucedió después, ya
lo sabe.

Hice toda la campaña con mi batallón;
en San Martino, como le escribí, dando
vueltas por el campo después de la ba-
talla, encontré entre los heridos más gra-
ves un cazador, á quien me pareció cono-
cer y que llevé yo mismo á la ambulancia,
en donde murió á poco de llegar. Era el
hermano de Luisa, que se habla alistado
voluntario después de comenzar la gue-
rra, y que tenía una bala en el costado.
Antes de morir me reconoció; me dió las
gracias y me recomendó á su hermana.
¡Pobre muchacho! Concluída la guerra, mi
batallón fué á Turín. Allí supé que una
señora de Savillano, que la conocía, habla
protegido á Luisa, y que ésta estaba bien,
aunque habla sufrido mucho por la muerte
de su hermano mayor, y que el pequeño

entre los dedos arrugaba.
ojos entornados, con la sonrisa en los la-
Luisa, confusa de tantas miradas, con los
ó del vestido, y todos estaban callados; y
mano para arreglarle un pliegue del velo
también con aire de complacencia resp-
La madre y las otras mujeres mirábanla
charla en sus espirales y traerla hacia sí.
za y la envuélve, como si quisiera estre-
alrededor de la persona querida, y la abra-
rada ávida de los enamorados, que gira
se puso á contemplarla con aquella mi-
mecla de curiosidad y de ternura. César
de César, la miró largamente con una
El coronel, aún conmovido por el relato
la cabeza.

un relámpago en sus ojos, sonrió y bajó
Después se volvió hacia su futuro; brilló
timidamente, haciendo una reverencia.

—Señor coronel...—murmuró la joven

—Conque... — comenzó á decir lenta-
mente el coronel para romper aquel si-
lencio—váis en seguida?...
Las miradas de los dos jóvenes se en-
contraron.

—La iglesia está á pocos pasos de aquí.
Ya la habréis visto al venir, Luisa; está
allí, en el fondo del valle, apenas pasado
el puente. El camino es muy bueno, con
mucha sombra...

Todos continuaban callados.
—Y luego, tenemos un día muy her-
moso. Hasta el tiempo está de fiesta, como
véis... ¿Para qué hora habéis fijado?...
—Para las siete—contestó la madre.

—Entonces—añadió el coronel miran-
do el reloj—, ya es hora.

Los dos jóvenes se estremecieron. Se mi-
raron, y dieron un paso el uno hacia el otro.

—Con que...—dijo la madre con una
sonrisa, mirando primero á ella y después
á él—ánimo, del brazo!



JEROGLÍFICO por Nieves Campa.

K nota Cantábrico

CONVERSACIÓN CHARADÍSTICA por M. Moncó.

- ¿Adónde vas Manolo?
- Pues á mi *prima* con *tercia*. Y tú, ¿de dónde vienes?
- De oír *segunda* con *tercia* y de encargarme una *todo* en una camisería de la calle de Alcalá.

JEROGLÍFICO por J. S. Bayton:

P V £ N O W O MARTES

SUSTITUCIÓN por J. Campa.

A R ● O
 C ● P A
 A L ● A
 L A M ● A R A
 L ● R O
 L ● N A
 C A ● A
 P ● Z O
 C A ● M E N

Sustituíd los puntos por letras y hallaréis el nombre de un poeta conocido.

ADIVINANZA por M. Albarrán.

En punto empieza mi ser,
 debe en un punto acabar,
 y el que acertare mi nombre,
 sólo dirá la mitad.

JEROGLÍFICO por José Mérida.

K R M EN Espérame á las ocho.

TARJETA por J. Loredo.



Combinad las letras de modo que se lea el nombre de un político.

JEROGLÍFICOS por Manuel Roca.

X

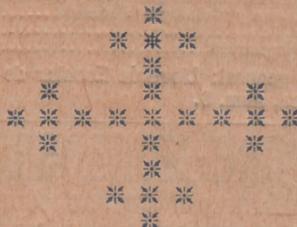
 TODO

 I

 V

 2 2 TT

CRUZ por Manuel Crós.



Sustituíd las estrellas por letras de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.ª, consonante; 2.ª, para edificar; 3.ª, letra; 4.ª, animal; 5.ª, apellido de un político; 6.ª, tiempo de verbo; 7.ª, en el alfabeto; 8.ª, embarcación; 9.ª, consonante.

SOLUCIONES

Al jerooglífico por L. Ordoño: CASAMIENTO. — Al logogrifo por Luis Ducompte: SISENANDO. — A la tarjeta por Eduardo García: MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Al acertijo por M. de Diego: LA PANDERETA. — Al triángulo por J. Hartley: LIMAS; RES; S. — Al cuadrado por M. Navarro: MESA; ENOS; SOTA; ASAR. — Al jerooglífico por Francisco Fernández: ESCUELA. — Al acertijo por Antonio Martín: JESUS.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 12.

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa da derecho á un magnífico mapa de España.

ROSA Y AZUL

(Todo para niños)

Marqués de Santa Ana, 33

MADRID



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.
 Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Erudimentos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9.

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á 25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 23.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de ROSA Y AZUL.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legitima, 3 pesetas.
 Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).
 Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.
OBJETOS DE ESCRITORIO

MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

SASTRERIA EL INFANTE NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajes dril, desde.... 2 ptas.
 Lana y vicuña..... 5 »
 Gergas y estambres.. 10 »
 Piqués superiores... 8 »
 Alpacas elegantes... 15 »

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PASTILLAS eloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibaellar **BONALD**, de thicol-clnamo-vanádico-fosfo-glicérico 

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,
Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid